

450 METROS... Y 270 MÁS

MENCION ESPECIAL EN EL II CONCURSO DE RELATO CORTO LA ENCERRONA – 2005
Autor: José Javier CAMPION ILUNDAIN

A finales del sexto mes del año y faltando apenas unos días para que estallen los Sanfermines, comienzan a llegar toros a Pamplona. El viejo barrio de Rochapea, se despierta una mañana de verano, oliendo a olivos, a dehesa,... oliendo a toro. Sus gentes continúan su día a día como si ese pequeño detalle no tuviese importancia. Unos van a trabajar, otros salen a comprar el pan y la prensa diaria... Los niños, que ya han acabado sus clases, comenzando las tan esperadas vacaciones de verano, llenarán con sus risas, sus gritos y sus juegos los parques.

Los corrales del Gas están listos para acoger y dar reposo a tan ilustres invitados. Los simpáticos patos que adornan las orillas del río Arga, se acercan a darles la bienvenida.

Allí acomodados en sus aposentos, los toros pasarán los días sin otra preocupación que la de espantarse las moscas con el rabo, comer cuando haya hambre y dormir.

El olor del río ya es familiar. Contemplan impertérritos el ir y venir de pastores. Sabiéndose observados, posarán con gallardía y con indiferencia a la vez, para los cientos de curiosos que se acercarán al Gas a contemplarlos a través de los ventanillos de cristal. Ya conocen, como si de un amigo se tratara, al guarda de seguridad que cuida su tranquila estancia de patas, gamberros y demás individuos. La voz amiga del mayoral que les crió y que les acompañó en su largo viaje desde tierras andaluzas, y que pasará con ellos estos días, les transmite seguridad y les hace más llevadera la incierta espera.

Quizás así no echen tanto de menos sus dehesas, sus encinas. Quizás así la añoranza sea menos dolorosa. Y amparados en su ignorancia, y de eso se encargan los viejos y destartalados cabestros, pasarán los días.

Una de las noches parece que algo especial va a suceder. El ir y venir de los pastores es más frenético que el habitual. Algo hay en el ambiente que hace que el nerviosismo se apodere de todos. Ruido de carpinteros golpeando, maderas de un lado a otro, movimiento de gente. El mayoral enreda con sus dedos en un ictus nervioso y sus ojos parecen no querer delatar lo inevitable. El sonido lejano del cuerno pone los pelos de punta. El corazón late acelerado. Esta noche no es como todas. Los viejos cabestros callan. La réplica de otro cuerno, esta vez más cercano, sobrecoge el sentido. Un gran portón de madera se abre y en ese momento y al amparo de la noche, comienza el encierrillo. Solo el sonar de los cencerros, las voces de los pastores y el chasquido de las varas en el suelo o en los lomos de algún cornúpeta, rompen el silencio cómplice y a la vez sobrecogedor de la noche.

Atravesando el río Arga a través del puente de Curtidores, dispondrán de un eterno segundo para dar el último adiós a aquellos patos amigos, que en las noches de insomnio, les contaron mil y una historias sobre el río, haciéndoles cómplices de aventuras y secretos.

El encierrillo ha terminado.

Por fin todo pasa, y temblorosos, sudorosos y exhaustos con mil preguntas en la mente, quedarán expectantes bajo el manto hermoso que da un cielo estrellado. En la lejanía murmullos, música,... la fiesta sigue.

Ajenos a todo y vencidos por el temor y la fatiga, descansan ya los toros, mientras los cabestros, sabedores de los que les espera al amanecer, buscan un rincón, donde si sus maltrechas conciencias se lo permiten, conciliarán el sueño.

No han aparecido las primeras luces del alba, y con el frío de la noche todavía metido en los huesos, otra vez un suspiro de miedo y desasosiego se hace presente. La música, los murmullos y la fiesta se tornan ahora lúgubres, temerosos y expectantes. Hay un no sé que en el ambiente.

“A San Fermín pedimos...”